

Félix Pita Rodríguez

*Antonio Machado**

Hacer de los hombres polvo o piedra, parece ser oficio de la muerte, escribí alguna vez. Más que la gran transmutadora por sí misma, es el tiempo que viene a su zaga quien opera, erosionante o petrificador. Pero polvo disperso o recio granito, el uno por los caminos en tinieblas del olvido, el otro por el clima glacial, alejador, de la dimensión monumental, el hombre en sus esencias más íntimas, en su calor vital, en esos recodos entrañables que le singularizan dentro del gran rasero de la especie, se aleja de nosotros.

No es negar hoy lo que ayer dije, el añadir ahora lo que entonces sólo esbocé muy de pasada cuando escribí: ¿Y la obra? ¿No está acaso ahí la obra con sus valores de eternidad, como la flor y el fruto del hombre? Esta pregunta que por sí misma era ya como un resquicio por el que asomaba la duda sólo tuvo de mi parte una respuesta parcial y muy fugaz. Mi interés del momento estaba en otra meta y no me era posible hacerlo derivar por caminos que me alejarían necesariamente de la que perseguía. Y la interrogación dubitativa quedó allí, con su respuesta a medias: ¿Y la obra? ¿No está acaso ahí la obra con sus valores de eternidad, como la flor y el fruto del hombre?

Pienso ahora con más detenimiento que la expresión «valores de eternidad» que entonces empleé es también cuestionable aquí. Y lo pienso, porque para la obra de Antonio Machado, mas ajustado que transcender será siempre decir que continúa viviendo, fresca aún la tinta con la que se escribió, como si todavía estuviese sobre el papel, en la mano del poeta, la pluma que utilizó para que llegase hasta nosotros el caudal riquísimo de su pensamiento.

¿De qué escondido manantial le vienen al poeta esas aguas clarísimas que el tiempo, el gran destructor inexorable, no logra enturbiar ni apagarles la lozanía? Apasionante indagación que esconde el secreto de su fuerza, que pudiera explicarnos por qué le sentimos como viviendo muy cerca de nosotros, contemporáneo de todos para siempre. No es la primera vez que intento hallarle, y ahora como antes, la evocación acarrea la misma imagen enfebrecida, tensa, que viene como envuelta por esa luz severa y profunda de los aguafuertes. De nuevo me pregunto: ¿Cómo situar, cómo definir algo que está en lo concreto del mundo circundante y escapa sin embargo a la objetividad de lo real para hacerse atmósfera, aire, luz inasible? Torno a decirme que la pupila ávida puede apresarlo, llevarlo a formar parte del tesoro interior de una sensibilidad humana, pero que el mayor poder de captación, la fuerza transmisora más depurada, tropezará siempre con una muralla de imposibles al querer reconstruirlo, encerrarlo en palabras, entregarlo. Así puedo yo ahora, aboliendo con

la evocación el tiempo ido, decir que esta imagen que me llega, con luz severa y profunda de aguafuerte, es la imagen de aquel Madrid de 1937, por cuyas calles y plazas tuve el privilegio de caminar, estremecido por una emoción que parecía estar a la vez en mis entrañas y sobre mi piel. Puedo decirlo, pero soy consciente al propio tiempo de mi incapacidad para reconstruirlo con palabras, de levantar de nuevo, en fiel reproducción, su clima de prodigo.

Cuando un grande y leal poeta de su pueblo de España, Rafael Alberti, quiso encerrar en un poema el rostro de aquel Madrid, encontró la imagen precisa que lo definía llamando a la ciudad impar Capital de la gloria. Imagen precisa, porque el poeta no trataba de dar a la gloria una ubicación geográfica, sino decirnos que allí donde el heroísmo alcanza sus más altas cimas, forja sus momentos estelares, está residiendo transitoriamente la gloria de los hombres. Capital de la gloria aquel Madrid de 1937, como capital de la gloria fue Playa Girón en 1961, porque sobre sus arenas condecoradas con sangre de héroes, se produjo otro de esos momentos estelares que hacen que el hombre sienta el orgullo enorme de ser hombre.

Busco en aquel ayer del que ya me separan más de cuatro décadas: es Madrid, Capital de la gloria. Es España, corazón de los pueblos del mundo en aquel instante, latiendo en el Guadarrama, en el Ebro, en Teruel, con la sangre de todos los pueblos de la tierra.

Busco en aquel ayer que me evade y la imagen enfebrecida y tensa está otra vez en mí. Veo de nuevo la caravana de automóviles, el paisaje abrupto de los Pirineos. Ese esplendor azul, centelleante de sol, es el Mediterráneo. Aparece un promontorio austero en cuya cima anidan las leyendas: es Peñíscola, madriguera fortificada de un Papa rebelde. Surge la geometría purísima de los campos levantinos que vieron pasar la tierna silueta andariega de Gabriel Miró. Irrumpe la huerta valenciana con su carga enorme de aromas y colores. Y aquí, el silencio nocturno de la noche en Valencia, rasgándose con el ulular dramático de las sirenas, el sordo zumbido de un motor que cae desde lo alto: es el primer pájaro de muerte y exterminio, la primera señal concreta de la guerra. Vuelvo a escuchar el lejano estruendo de las explosiones, el restallar seco y cortante de las antiaéreas. El avión, alemán o italiano, se aleja. En medio de la noche, Valencia vela.

Ahora son los campos de Castilla, severos, como midiéndose el color para impedir que los sentidos se embriaguen, porque los hombres de estas tierras han de ser hombres de audacia y sacrificio, de lucha y privaciones. Cruzando la carretera, latigueando en el viento, una gran tela blanca saluda en letras rojas a los que llegamos en la interminable caravana de automóviles: «Minglanilla saluda a los intelectuales antifascistas », dice aquella tela estremecida por el viento.

Escribo Minglanilla y esta palabra hace aparecer un rostro como tallado en piedra, un rostro que enseguida sé que no olvidaré jamás: es el de una anciana campesina

que me mira a los ojos, mientras deja caer lentamente sus palabras, como si quisiera darme tiempo a guardarlas bien en lo hondo de la memoria: «Hijo, mira bien lo que nos están haciendo los fascistas, míralo bien todo, para que puedas luego ir a contarlo por el mundo. Y di también a todos que los fascistas no pasarán.»... Y me puso sobre un hombro la mano labrada en duros surcos por el trabajo. El peso de aquella mano en mi hombro, gravitará sobre él mientras yo aliente. Éstas son las pequeñas, enormes cosas que hacen que el corazón de un hombre se ensanche hasta ser capaz de alcanzar con sus latidos a todos los hombres de la tierra.

El aire en el recuerdo es ahora puro diamante, aguzado diamante combatiente.

En Madrid, Capital de la gloria, donde todos aquellos que debemos ir a contar por el mundo la verdad de España, vamos a reunirnos en el Congreso de Intelectuales Antifascistas.

Es Madrid, por cuyas calles y plazas discurría alegremente, ajeno al drama que se avecinaba, poco más de un año antes. Madrid, el alegre y despreocupado Madrid de un ayer de apenas varios meses. Pero no. Calles y plazas y monumentos me son familiares, están en mi corazón desde hace tiempo, pero hay algo que tiene un tremendo poder transformador, algo que hace que siendo el mismo Madrid de ayer, sea al mismo tiempo la recia, indoblegable, sobrecogedora Capital de la gloria. Es ese inasible clima de heroísmo que las palabras no son capaces de enclaustrar. Es un aire como de acero, una atmósfera de reciedumbres severas, de inflexible disposición. Es el mismo clima de Patria o Muerte de los días de Playa Girón, de los días del bloqueo y la amenaza de invasión, el mismo que me saldría al paso muchos años después en las calles bombardeadas de Hanoi.

Ahondo en el recuerdo, busco ansiosamente detrás de la muralla de niebla de los años transcurridos, y aparecen los rostros. Son los escritores, los poetas, los hombres de pensamiento, que han acudido de todas partes del mundo, para reunirse en Congreso contra el fascismo en esta España que es ahora el bastión sin desfallecimiento de la libertad. Veo los ojos grises, la expresión dulcísima de Martin Andersen Nexø, el Gorki nórdico, el poderoso novelista en cuyas páginas viven, sufren y luchan los humildes de su pueblo de Dinamarca. Ese gigante de cabellos de plata, es Teodoro Dreisser, escritor del pueblo norteamericano. Allí Louis Aragon dialoga animadamente con Ilya Ehrenburg. El perfil de cóndor de César Vallejo se recorta más allá, a pocos pasos de donde Pablo Neruda cuenta algo que escuchan Rafael Alberti y Raúl González Tuñón. Ese rostro encuadrado por recogidas trenzas doradas, es el de Ana Luisa Strong, gran novelista combatiente de los Estados Unidos. Emergen los rostros de Pablo Rojas Paz, de José Mancisidor, de Juvencio Valle. Aquel anciano diminuto y nervioso, es Julien Benda, Aquél, André Chamson y cerca Carlos Pellicer y Octavio Paz, con Alejo Carpentier y Nicolás Guillén. En su uniforme de oficial médico del Ejército Republicano, vuelvo a ver al doctor Gregorio Bérman, que vino desde Argentina a ponerse al servicio del pueblo de España, al servicio de la libertad. Allí Alexei Tolstoi,

el gran novelista soviético, y más allá el poeta Tristán Tzara. Noruegos, suecos, bolivianos, franceses, italianos, belgas, cubanos, mexicanos, soviéticos. Todos los pueblos están aquí. Los mejores entre sus hombres de pensamiento acudieron para decir su solidaridad con el pueblo de España. Juan Marinello, en nombre de Cuba, está hablando ahora en una sesión del Congreso. Está diciendo la voluntad firmísima de todos los pueblos del mundo, de lo más limpio y puro de su inteligencia, en la ayuda al pueblo traicionado y vendido de España. Y veo la cabeza noble y hermosa de Antonio Machado, que se mueve en callado asentimiento y aprobación. También esta cabeza se me antoja como tallada en piedra, al igual que la inolvidable cabeza de la anciana campesina de Minglanilla. Los ojos fatigados del poeta chispean por la emoción recóndita. Los años arrastraron imágenes y momentos que quisiera haber apresado para siempre. Pero la noble cabeza del poeta, aprobando en nombre del pueblo de España las palabras del pueblo de Cuba que pronunciaba nuestro grande y querido Juan Marinello, quedó para siempre en indeleble imagen, junto a la de aquella campesina de Minganilla, que me enseñó con un simple gesto y una docena de palabras, más de lo que podría aprender nunca sobre la fraternidad profunda de los pueblos.

No es por azar que al ir en busca de ese ayer al brumoso almacén de los recuerdos, emergen en simultaneidad visible, como dos pivotes de un mismo pensamiento, la cabeza gloriosa del más alto poeta de España, y la cabeza anónima de la vieja campesina de Minglanilla. No es por azar. «Un hombre es visible cuando tiene un pueblo detrás», escribió sobre Antonio Machado uno de sus críticos. Y podemos añadir sin vacilaciones que un poeta es visible para su momento y para los momentos que vendrán, sólo si tiene tras él un pueblo, con el que está consustanciado, en cuyas filas se mueve, de cuya sangre se nutre.

No es por azar que al perseguir la huella luminosa del gran poeta, se aferre la evocación a aquellos días de grandeza y heroísmo en que el pueblo de España se batía con uñas y dientes contra las fuerzas colosales aunadas del vesánico furor de Berlín y del fantoche engallado de Roma. No es por azar que al llevar las redes de la evocación hacia el solitario aparente de Soria y Baeza, irrumpa en el recuerdo la imagen vibrante de aquel Congreso de Intelectuales Antifascistas, que fue en esencia un congreso de pueblos, en lucha contra el nazismo enemigo de pueblos. No es por azar que me lleguen entrañablemente unidas la cabeza serena del poeta y el rostro firme y resuelto de la campesina de Minglanilla. No es por azar, porque sólo es visible un creador, visible en la perspectiva de lo permanente e intemporal, cuando tiene tras sí, como raíces firmes de eternidad, las masas de un pueblo. Ahora comenzamos a comprender por qué, a casi medio siglo de su muerte, Antonio Machado continúa estando junto a nosotros, contemporáneo de todos para siempre.

**De sueños y memorias. Ensayos*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985, pp. 5-11. Debo el conocimiento de este texto a Celia de Aldama Ordóñez.

En *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937). Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*, pág. 719-722.